

XV

Cádiz.—Visita al brick «Le Voltigeur».—Los rateros.—Jerez.—Toros embolados.—El barco de vapor.—Gibraltar.—Cartagena.—Valencia.—La Lonja.—La Merced.—Los valencianos.—Barcelona.—Regreso.

Después de viajar en macho, á caballo, en carreta y en galera, nos pareció el barco de vapor cosa tan milagrosa como la alfombra de Fortunata ó la fecha de Abaris. De todos modos me gusta más el barco de vela que el de vapor. Parece aquél un cisne que abre las blancas alas al soplo de la brisa, y éste una estufa que sale á escape, cabalgando en un molino. Borrábase Sevilla detrás de nosotros, pero por un magnífico efecto de óptica, á medida que los tejados de la ciudad parecía que se soterraban, confundiéndose con las líneas del horizonte, crecía la catedral, adquiría proporciones enormes, como un elefante erguido en medio de un rebaño de carneros. La estatua de la Fe centelleaba encima de la Giralda como una abeja de oro en la punta de enorme tallo de hierba.

Sobre las cuatro ó cinco de la tarde pasábamos por delante de Sanlúcar. Un edificio de arquitectura moderna, construido con la regularidad de cuartel ó de hospital, encanto de las modernas construcciones, tenía en el frontispicio una ins-

cripción que nos fué imposible leer, lo cual no me dolió mucho. Debe de ser una aduana, un depósito ó algo por el estilo. Bastante nos hubiéramos aburrido, á no ser por los juegos, bailes, castañuelas y panderetas de los soldados. Uno de ellos, que había asistido á las representaciones de una compañía italiana, imitaba las palabras, cantos y ademanes de actores y actrices con mucha gracia y animación. Sus compañeros se desternillaban de risa y parecía que habían olvidado las tiernas escenas de la despedida. Acaso las llorosas Ariadnas se habrían limpiado ya también las lágrimas y se estarían riendo de muy buena gana.

Pasado Sanlúcar, se entra en el Océano; cambian de color las olas y las casas también. Los predestinados á la extraña enfermedad llamada mareo, empiezan á buscar los rincones solitarios y se apoyan melancólicamente en el filarete. Yo quise estudiar á conciencia mis sensaciones, porque como nunca había hecho una travesía marítima, ignoraba si había de padecer tormentos tan inexpresables. Los primeros balanceos me molestaron algo, pero pronto me repuse y recobré toda la serenidad.

Era ya de noche cuando llegamos á Cádiz. Los faroles de los buques y barcas ancladas en el puerto y las estrellas del cielo, acribillaban con millares de destellos de oro, plata y fuego las aguas de la bahía. En los sitios más tranquilos, el reflejo trazaba, alargándose, largas columnas de llamas de mágico efecto.

Tuvimos que transbordar á unas lanchitas, cuyos patronos, con espantosas vociferaciones, se disputaban los viajeros y los baúles. Gran trabajo nos costó á mi compañero y á mí no vernos separados, porque tiraban de nosotros en sentido in-

verso, con poco tranquilizadora energía. Al fin pudimos llegar sin detrimento al muelle, y después de ser registrados por la aduana, nos fuimos á la calle de San Francisco.

No hay en la paleta del pintor ni del literato colores bastante claros, tonos bastante luminosos para expresar la deslumbradora impresión que nos causó Cádiz á la mañana siguiente. No se veía más que azul y blanco, pero un azul tan vivo como la turquesa, el zafiro y el cobalto, cuanto puede imaginarse más azul, y un blanco tan puro como la nieve, la leche, la plata, el mármol y el azúcar. Lo azul era el cielo y el mar; lo blanco la ciudad. Lo que en Francia llamamos sol, es, comparado con el de España, una lamparilla próxima á extinguirse en la mesa de noche de un enfermo.

Las casas de Cádiz son más altas que las de otras ciudades de España, lo cual se explica por ser el suelo estrecho islote unido al continente por delgada lengua de tierra y por el deseo de alcanzar el mar con la vista. Toda casa se empina de puntillas con curiosidad para mirar por encima del hombro de su vecina y asomar la cabeza al recio cinturón de murallas, y casi todas las azoteas tienen en una esquina alguna torrecilla. Todo está blanqueado, y hacen resaltar más la blancura largas rayas bermejas que separan las casas y señalan los pisos. Los balcones, muy salientes, tienen miradores, cortinas rojas y macetas.

La catedral de Cádiz no tiene nada de particular, sobre todo para el que haya visto los portentos de Burgos, Toledo, Córdoba y Sevilla.

Fuimos á ver la plaza de Toros, que es pequeña y tiene fama de ser una de las más peligrosas de España. La barrera no es seguida, y de trecho en trecho hay burladeros, que sirven de refugio á

los toreros cuando se obstina la fiera en perseguirlos. Nos enseñaron los chiqueros donde están los toros durante la corrida, que son una especie de jaulones de tablas con una puerta de corredera.

El excesivo calor había suspendido las corridas, y un acróbata francés había preparado en el rondel tablado y cuerdas para dar una función el siguiente día. En aquella plaza vió lord Byron la corrida que describe en el primer canto de la *Peregrinación de Childe Harold* muy poéticamente, pero demostrando su ignorancia tauromáquica.

Rodea á Cádiz un cinturón de murallas que la aprietan como un corsé de granito; otro cinturón de escollos y peñascos la defiende de los asaltos de las olas, y sin embargo, hace años que espantosa tempestad abrió y derribó por varias partes tan formidables murallas, que tienen más de veinte pies de espesor. Desde esas murallas se ve ir y venir y describir graciosas curvas á las barcas, faluchos y lanchas de pesca, que en el horizonte parecen plumas de paloma arrebatadas por el aire: muchos barcos tienen en la proa, como las galeras antiguas, á ambos lados del tajamar, ojos enormes, pintados de colores, como si vigilasen la marcha.

En el muelle hay gran actividad: un gentío abigarrado, en el cual tiene representantes cada país del mundo, se amontona á todas horas al pie de las columnas con estatuas. Desde la piel blanca y cabellera rubia del inglés hasta el bronceado cuero y negras lanas del africano, pasando por los matices intermedios de café, de cobre y dorado, se juntan allí todas las variedades de la especie humana.

Llevaba yo una carta de recomendación para el capitán del brick francés *Le Voltigeur*, anclado en el puerto de Cádiz. Al presentársela nos había

invitado cortésmente á comer, á mí y á otros dos jóvenes, á las cinco de la tarde siguiente, á bordo de su buque. A las cuatro estábamos en el muelle buscando una lancha que nos llevase hasta el barco, y me quedé asombrado cuando el barquero me pidió un duro, cuando el precio ordinario es una peseta. Al ver el cielo claro y el sol brillante, mi ignorancia náutica me había hecho creer que hacía buen tiempo. Pero sucedía todo lo contrario, y de ello me convencí en cuanto la lancha empezó á moverse. El oleaje era muy grande, é insoportable el viento. A los pocos momentos tomábamos unos pediluvios que amenazaban con convertirse en baños de asiento. La espuma de las olas se me colaba por el cuello y me bañaba la espalda. El barquero y dos acólitos renegaban y se arrancaban de las manos las escotas y el timón. Uno quería una cosa, otro otra, y estaba yo viendo que iban á zurrarse. La situación llegó á ser lo bastante crítica para que uno de ellos empezase á mascullar oraciones. Afortunadamente nos acercábamos al brick, que se balanceaba al descuido, sujeto por las anclas, y parecía mirar con desdeñoso ademán las evoluciones convulsas del barquichuelo.

—Eso se llama tener el valor de la exactitud —me dijo el capitán cuando nos vió subir chorreando agua—, y como el tiempo está malo, probablemente no volverán ustedes á tierra hasta dentro de dos ó tres días.

Efectivamente, la violencia del huracán era terrible, sonaban las cuerdas como las de un violín, el pabellón daba secos chasquidos, las garruchas gemían, silbaban, rechinaban, y en ciertos momentos parecía que lanzaban gritos agudos, como pudieran brotar de garganta humana. Dos ó tres marineros que estaban castigados en los obenques,

por no sé qué faltilla, se veían y se deseaban para no ser arrebatados por el viento.

A pesar de todo ello, hicimos bastante buena comida, rociada con vino excelente y sazónada con chispeantes frases y con diabólicas especias indias que habrían hecho beber á un hidrófobo. Al día siguiente, como el mal tiempo seguía y no se podía ir á buscar provisiones frescas, hicimos otra comida muy buena, pero con la circunstancia singular de que cada manjar era de su fecha. Comimos guisantes de 1836, manteca fresca de 1835 y nata de 1834, pero todo conservado maravillosamente. Durante dos días me paseé por el puente, sin cansarme de admirar la limpieza y el arreglo de ese prodigio del ingenio humano que se llama barco. Relucía como el oro el metal de los cañones y el entarimado como el mueble mejor barnizado. Verdad es que todas las mañanas se acicala la embarcación y que aunque llueva á cántaros se lava y baldea escrupulosamente.

A los dos días se echó el viento y nos llevaron á tierra en un bote con diez remeros.

Muy agradable es Cádiz, pero la idea de estar encerrado entre murallas da ganas de salir. Creo que el nuevo pensamiento de los isleños ha de ser ir al Continente. Por eso viajan tanto los ingleses, que están en todas partes menos en Londres, donde no hay más que italianos y polacos, y por eso también se vengan constantemente los gaditanos en hacer la travesía de Cádiz al Puerto de Santa María y viceversa. Una mañana caímos mi compañero y yo en que llevábamos una carta de recomendación de un amigo nuestro granadino para su padre, rico vinatero de Jerez, la cual carta decía: «Abre tu casa, tu corazón y tu bodega á los dadores», y nos embarcamos en un vapor. Este llevaba un car-

tel que anunciaba para la tarde una corrida con mojigangas en el Puerto de Santa María. En un calesín podíamos ir del Puerto á Jerez, estar allí algunas horas y volver á tiempo para la corrida.

En efecto, después de almorzar en Vista Alegre nos ajustamos con un calesero que nos prometió que estaríamos de vuelta á las cinco en el Puerto para la función. El camino de Jerez atraviesa una llanura donde suelen encontrarse aldeanos que, sin ser ladrones de profesión, se aprovechan de la ocasión que se presenta y no resisten á la tentación de desvalijar á un viajero que vaya solo; más de temer son esos que los verdaderos bandidos, porque éstos proceden con la regularidad de una cuadrilla organizada, sometida á un jefe; además, á nadie se le ocurre resistir á una gavilla de veinte ó veinticinco caballistas bien armados, mientras que contra un par de rateros se lucha y puede no ser muerto ó herido. Afortunadamente, ningún individuo de ese género se nos presentó, y llegamos tranquilamente á Jerez.

Esta población, como todas las andaluzas, está blanqueada de arriba á abajo, y no tiene otra cosa notable que sus bodegas. La persona á quien íbamos recomendados estaba ausente, pero la carta hizo su efecto y se nos llevó inmediatamente á la bodega: nunca se ofreció más glorioso espectáculo á la vista de un bebedor. Tuvimos que catar las principales clases, y hay infinidad de clases principales. Recorrimos toda la escala, desde el Jerez de ochenta años, obscuro, espeso, con sabor á moscatel, hasta el Jerez seco, de color pajizo claro. Entre ambas notas extremas hay todo un registro de vinos intermedios, con tonos de oro, de topacio quemado, de corteza de naranja y extraordinaria variedad de sabores.

Después de tan concienzudo estudio de la enología jerezana, lo difícil era volver al coche con decoración bastante majestuosa para dejar á Francia en buen lugar. Era cuestión de amor propio nacional: caer ó no caer, ese era el problema más difícil que el que quebraba la cabeza al príncipe de Dinamarca. He de declarar, con legítimo orgullo, que llegamos á nuestro calesín en satisfactorio estado de verticalidad. Gracias á la evaporación rápida producida por un calor de 38 ó 40°, á nuestro regreso al Puerto nos encontramos en situación de disertar sobre los más delicados puntos de psicología.

La corrida de toros, casi todos embolados, nos divirtió mucho por sus incidentes burlescos. Vestidos los picadores de turcos de Carnestolendas, con pantalones anchos de percal y turbantes, recordaban las figuras de moros extravagantes que Goya esbozó en las láminas de la *Tauromaquia*. Uno de ellos se sonaba de cuando en cuando con un rizo del turbante con la más admirable flema. Un vapor de mimbre, cubierto de tela y tripulado por borricos vestidos con almillas coloradas y con tricornos en la cabeza, fué colocado en el anillo. El toro se lanzó sobre aquella máquina, desgarrándola y echando por los aires á los pobres asnos del modo más cómico del mundo. Un picador mató á otro toro de un puyazo: en el mango de la pica había un artificio tan bien preparado y cuya detonación fué tan violenta, que toro, caballo y jinete salieron derribados: el primero por la muerte y los otros dos por la fuerza de retroceso. Al matador, que era un vejete, le derribó dos ó tres veces el toro, al cual daba estocadas tan flojas, que hubo que acabar con la res por medio de la media luna. Aquel desdichado matador tenía por industria

especial comer. Se tragaba siete ú ocho docenas de huevos duros, un carnero entero, una ternera, etcétera. A juzgar por lo flaco que estaba, poco debía de trabajar.

Adornaba el patio de nuestra posada una fuente rodeada de arbustos, en los cuales vivía un pueblo de camaleones. Estos bichos son como los lagartos barrigudos, de seis ó siete pulgadas, con boca desmesuradamente rasgada (de la cual brota lengua viscosa, blancuzca, casi tan larga como el cuerpo), ojos de sapo pisado, saltones, enormes, envueltos en una membrana y de movimiento independiente: uno mira hacia arriba y otro hacia abajo. Estos lagartos bizcos tienen la propiedad de cambiar de color, según el lugar donde se encuentran. En un árbol, son verdes. Encima de una tela azul, de color de pizarra, y sobre una cosa colorada, rojizo obscuro. Uno ó dos camaleones harían muy buen papel en el laboratorio de un alquimista. En Andalucía suelen colgar del techo una cuerda largueta, cuya punta se coloca entre las patas del bicho, que trepa hasta encontrar el techo, al cual no pueden agarrarse sus uñas. Entonces baja hasta el extremo de la cuerda y mira con uno de los ojos la distancia que le separa del suelo, y después de calcularla bien, vuelve á subir con admirable seriedad, continuando así indefinidamente. Deseoso de divertirme con ellos en Francia, compré una pareja de aquellos animalitos, pero cogieron un enfriamiento en el camino y murieron al llegar á Port Vendres.

El vapor *Océano* estaba detenido en el puerto á consecuencia del mal tiempo, y tomamos pasaje á bordo con íntima satisfacción, porque á consecuencia de acontecimientos políticos, Cádiz se hallaba casi en estado de sitio. Además, hacía ya

mucho tiempo que volvíamos la espalda á Francia é iba á ser aquel el momento en que diéramos un paso hacia la madre patria.

Todo el mundo estaba sobre cubierta, iba, venía, hacía señas de despedida á los botes que iban á tierra. Yo no dejaba en la orilla á nadie que me recordara ni me echara de menos, y escudriñaba los rincones del universo flotante que iba á servirme de cárcel durante algunos días. Durante mis pesquisas tropecé con una habitacioncilla llena de una gran cantidad de urnas de porcelana, de aspecto íntimo y sospechoso. Me sorprendió el excesivo número de aquellas vasijas poco etruscas, y allí hubiera yo querido ver á Delille, al púdico rey de la perifrasis, para que hubiese buscado eufemismos con que designar en majestuosos versos el antipoético cargamento. Pero apenas habíamos andado una legua cuando me expliqué la utilidad de aquella alfarería.

Por todas partes se oía: «¡Me mareo! ¡Limonos, ron, vinagre, sales!» La cubierta ofrecía el más lamentable espectáculo. Mujeres hacía un momento encantadoras, estaban verdes como un ahogado de ocho días. Se tumbaban en colchones, mantas y baúles con absoluto olvido de toda gracia y todo pudor. Un pobre loro, mareado dentro de la jaula y sin entender nada de la angustia que le aquejaba, soltó todo su repertorio con la prisa más cómica del mundo. Tuve la suerte de no ponerme enfermo, pero mi compañero, menos afortunado, se sumergió en las profundidades del barco, y no volvió á aparecer hasta llegar á Gibraltar. ¿Cómo no habrá encontrado la ciencia moderna un remedio para ese malestar que hace padecer tanto como una agonía verdadera?

Sobre las cuatro llegamos á Gibraltar y espe-

ramos que la sanidad viniera á coger los papeles con tenazas y á averiguar si llevábamos en los bolsillos fiebre amarilla ó peste negra.

Gibraltar es una inmensa peña, ó más bien una montaña de 1.500 pies de altura que surge bruscamente de en medio del mar. Es un monolito monstruoso lanzado desde el cielo, un pedazo de planeta caído durante una batalla de astros. Tiene la forma de enorme esfinge de granito, desmesurada, gigantesca, como tallada por titanes escultores, junto á la cual los monstruos de Karnac y de Gizeh parecerían ratones al lado de un elefante. Las patas alargadas forman lo que se llama la punta de Europa; la cabeza está vuelta hacia Africa, adonde parece que mira con atención soñadora y profunda. La ciudad está abajo, casi imperceptible, mísero pormenor perdido en la masa. Los mayores navíos anclados en la bahía, aseméjanse á juguetes, á esos modelitos de barcos que suelen venderse en los puertos de mar. Pero la montaña está ahondada y minada en todos sentidos. Tiene el vientre lleno de cañones, obuses y morteros. Aquello es el lujo, la coquetería de lo inexpugnable. En la Edad Media, Gibraltar había estado erizado de torres, torreones y murallas almenadas; la fortaleza hubiera escalado el peñón y se hubiera colocado, como nido de águila, en la más alta cúspide.

Gibraltar, situado, como Cádiz, á la entrada de un golfo, en una península, está unido al continente por una lengüecilla de tierra, llamada el terreno neutral, donde están establecidas las aduanas. La primera población española por aquella parte es San Roque. Algeciras, cuyas casas blancas relucen como el plateado vientre de un pez á flor de agua, estaba entonces en plena revolución;

se oían las descargas vagamente como granos de sal arrojados al fuego.

El efecto causado por la ciudad es muy raro; dando un paso, se han andado quinientas leguas. Hace un momento estábamos en Andalucía; ahora estamos en Inglaterra. De las ciudades árabes hemos ido á parar á Ramsgate. Los paseos y los jardines están llenos de fresnos, abedules y olmos y de la verde vegetación del Norte. Tan pronunciada individualidad tienen los ingleses, que son los mismos en todas partes, y yo no sé para qué viajan, pues llevan siempre consigo sus costumbres, y van con la casa á cuestas, como los caracoles. Dondequiera que esté un inglés, necesita la misma comida cuando está bueno y las mismas medicinas cuando está malo. Esos buenos isleños necesitan infinidad de trebejos para vivir y se toman innumerables trabajos para estar cómodos. A tanto refinamiento y complicación prefiero la sobriedad y desaliño de los españoles. No puedo explicar la desagradable sensación que experimenté al ver á la primera inglesa, con su sombrero de velo verde en la cabeza, andar de granadero y enormes pies metidos en grandísimos zapatos. Nada tenía de fea, pero acostumbrado á la pureza de raza, la gracia en el andar, la monería y el garbo andaluces, aquel rostro rectilíneo, aquellos gestos angulosos, aquella fisonomía muerta, aquella falta de naturalidad, me hicieron un efecto cómicamente siniestro.

Las largas caras británicas, los soldados rojos con ademanes de autómeta, frente á aquel cielo esplendoroso y aquella mar brillante, no están en su sitio. Su presencia allí se debe á una usurpación, á una sorpresa: ocupan la ciudad, pero no habitan en ella.

Rechazados ó mal vistos los judíos por los espa-

LIBRARY
"ALFONSO"
Edo. 1825 MONTERREY, MEXICO

ñoles que, si no son ya religiosos, son supersticiosos, abundan en Gibraltar. Paséanse por las calles con su perfil rapaz, su boca delgada, su cráneo amarillo y reluciente, cubierto con el gorro rabinico, y su levita raída. Las judías, que por privilegio particular son tan hermosas como feos sus maridos, llevan mantos negros bordados de rojo, de carácter muy pintoresco. También hay en Gibraltar muchos marroquíes que tienen tiendecillas de esencias, fajas de seda, zapatillas, mosqueros, almohadones de cuero y otras labores berberiscas.

En la parte baja de Gibraltar hay un hermoso paseo con árboles del Norte, mezclados con flores, cañones y centinelas, donde se ven coches y jinetes como en Hyde-Park. Afortunadamente, los ingleses no han podido manchar el mar ni ennegrecer el cielo.

Al día siguiente dejábamos aquel parque de artillería, aquel foco de contrabando, y navegábamos hacia Málaga, conocida ya, pero que vimos con gusto. Desde el mar parece la catedral más grande que la ciudad, y las ruinas de las antiguas fortificaciones árabes hacen un efecto muy romántico sobre las pendientes de las peñas. Paramos en la posada de los Tres Reyes, cuya gentil criada exhaló un grito de júbilo al vernos.

Al día siguiente nos embarcamos otra vez, y como habíamos perdido algo de tiempo, el capitán suprimió la escala de Almería y no paró hasta Cartagena.

Tiene Cartagena una bahía á manera de embudo de rocas, en donde los barcos están completamente al abrigo de todos los vientos. En cuanto pusimos el pie en los botes para ir al muelle, nos asaltaron, no ganapanes para nuestras maletas, sino tíos de mala facha que nos ponderaban los

encantos de una muchedumbre de Balbinas, Casildas y Lolás.

Así como Málaga es risueña, alegre y animada, Cartagena es triste y lóbrega, con su corona de peñas estériles, tan secas como las colinas egipcias. Las paredes tienen tonos sombríos, las ventanas rejas complicadas, las casas trazas de cárceles. Sin querer imitar á aquel viajero que escribía en sus apuntes: «Todas las mujeres de Calais son gruñonas y jorobadas», porque su patrona tenía semejantes defectos, aseguraré que en aquellas rejas tan sobradas de barrotes no vi más que rostros encantadores; tal vez por lo mismo tienen las ventanas tanto hierro. Mientras nos preparaban la comida fuimos á ver el arsenal marítimo, establecimiento que fué diseñado con las proporciones más grandiosas, y hoy tan abandonado, que da lástima verlo. Ya no sirven para nada aquellas calas y gradas donde podría construirse otra *armada invencible*. Dos ó tres esqueletos de naves acababan de pudrirse en los rincones; millares de grillos se han apoderado de los desiertos edificios, y tanto ruido mueven que cuesta trabajo entender una conversación. A pesar de lo mucho que me gustan los grillos, he de confesar que había allí demasiados.

De Cartagena fuimos á Alicante, caracterizado por el enorme cerro que se yergue en mitad de la población, magnífico de forma y de color, que tiene encima el castillo y una garita asomada al precipicio del modo más audaz. El palacio del Ayuntamiento es un edificio hermoso, de muy buen gusto. La Alameda, enlosada, tiene dos ó tres filas de árboles. Las casas son altas y van presentando ya apariencia europea. Nada más sé de Alicante, donde el barco sólo fondeó el tiempo necesario para

tomar carbón, parada que aprovechamos para almorzar en tierra, y no perdimos la ocasión de estudiar el vino del país, que no encontré tan bueno como me figuraba, á pesar de su indiscutible autenticidad, quizás por el gusto ó porque lo había comunicado la bota.

Desde Alicante hasta Valencia la costa sigue presentando formas extrañas, aspectos inesperados. Al día siguiente por la mañana anclamos en el Grao. Así se llama el puerto y arrabal de Valencia, que dista de ésta una media legua. En el muelle tomamos, para ir á la ciudad, una tartana, carricoche cubierto con un toldo encerado, colocado sobre dos ruedas sin muelles. El tal vehículo, comparado con las galeras, nos pareció de una molicie afeminada, y nos sorprendia encontrarnos tan á gusto. Valencia está situada en una llanura llamada Huerta, entre jardines y campos, en los cuales perpetuos riegos conservan una frescura muy rara en España. El clima es suavísimo, y las palmeras y los naranjos brotan al aire libre junto á los árboles del Norte. Así es que Valencia tiene un gran comercio de naranja; para medirlas, las hacen pasar por una argolla, como las balas de cañón cuyo calibre se quiere conocer, y las que no pueden pasar por ella son las de primera clase. Atravesado el río por cinco hermosos puentes de piedra, pasa al lado de la ciudad, junto á un soberbio paseo, pero las sangrías que le hacen para el riego lo dejan sin agua todo el año, de modo que los puentes resultan artículo de lujo y de adorno.

Las calles de Valencia son estrechas, con casas altas, algunas de las cuales conservan vestigios artísticos. La catedral, de arquitectura híbrida, á pesar de un ábside de galería con cimbras romanas, no llama la atención del que haya visto las

de Burgos, Toledo y Sevilla. Algunos altares bien esculpidos, un cuadro de Sebastián de Piombo y otro del Españoleto, son las únicas cosas dignas de mención. La Lonja de la Seda, en la plaza del Mercado, es un precioso monumento gótico. El salón, cuya bóveda sostienen hileras de columnas con molduras de extraordinaria ligereza, ofrece un aspecto alegre y elegante que se encuentra pocas veces en la arquitectura gótica, melancólica casi siempre. En el antiguo convento de la Merced se han juntado muchos cuadros, medianos unos, malos otros, con pocas excepciones. Lo que más me gustó de la Merced fué un patio rodeado por un claustro y lleno de palmeras, de tamaño y belleza completamente orientales.

El verdadero atractivo de Valencia para el viajero son sus habitantes, ó mejor dicho, los de la Huerta. Los huertanos llevan un traje de característica singularidad que no debe de haber variado mucho desde la invasión árabe, y que difiere poco del que actualmente usan los moros africanos. Consiste en una camisa, unos zaragüelles sujetos con faja colorada y un chaleco de terciopelo verde ó azul adornado con botones, que suelen ser moneditas de plata. En las piernas llevan unas polainas de lana blanca con lista azul (que dejan al aire la rodilla y el tobillo) y en los pies alpargatas, cuya suela tiene una pulgada de grueso, y se atan con cintas como el coturno griego. Suelen llevar la cabeza afeitada como los orientales, cubierta con un pañuelo de colores vivos. Una manta, ó capa de muestra, que llevan al hombro, completa la vestimenta característica. Y en los pliegues de esta manta, que arreglan de mil maneras, lleva el valenciano el dinero, el pan, el melón y la navaja, de modo que le sirve de abrigo y de alforja. Ese es el

traje de los días de fiesta. Los días ordinarios no lleva el valenciano más que la camisa y los zara-güelles, y entonces, con las enormes patillas negras, el rostro quemado por el sol, la mirada hosca, los brazos y piernas bronceados, parece un beduino, sobre todo si se quita el pañuelo y enseña la cabeza afeitada y azulada. A pesar de que España pretende ser católica, gran trabajo me cuesta creer que semejantes gentes no sean musulmanas.

En cambio, las mujeres son pálidas y rubias como las venecianas, tienen en los labios una sonrisa triste, en la mirada suaves rayos azules. Esos demonios negros del paraíso de la Huerta tienen por mujeres ángeles blancos, cuya negra cabellera sujeta una peineta enorme, cuando no lo atraviesa larga aguja adornada en los extremos con bolas de plata ó vidrio. En otro tiempo las valencianas gastaban un traje nacional semejante al de las albanesas; por desgracia lo han abandonado por el feísimo vestir anglo-francés.

Llevábamos ya diez días en Valencia, esperando el paso de otro vapor. Ya estaba nuestra curiosidad satisfecha y no deseábamos más que volver á París, para ver á nuestros amigos, á nuestros parientes y volver á nuestra vida habitual, interrumpida durante seis meses. Al fin pasó un vapor procedente de Gibraltar, que nos llevó á Port Vendres, pasando por Barcelona, donde no estuvimos más que unas horas. Barcelona se asemeja á Marsella, y ya no se nota allí el tipo español; los edificios son grandes y regulares y á no ser por los inmensos pantalones de terciopelo azul y las *barretinas* de los catalanes, podría el viajero creerse en Francia.

La catedral es hermosa, sobre todo por dentro. Los órganos son de hechura gótica y los cierran

grandes tableros pintados. Al salir de la iglesia se encuentra un claustro hermosísimo de la misma época, cuyos arcos, medio derruidos, tienen los tonos cenicientos de la antigua arquitectura septentrional. La calle de Platerías deslumbra la vista con sus escaparates llenos de joyas, sobre todo de enormes pendientes de riqueza pesada, macizos, algo bárbaros, pero de un efecto majestuoso, que suelen comprarlas las *payesas* ricas.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, entrábamos en la ensenada que abriga á Port-Vendres. Estábamos en Francia.

¿Lo confesaré? Al pisar el suelo patrio, brotaron de mis ojos lágrimas, no de placer, sino de pesar. Las torres bermejas, las plateadas cumbres de Sierra Nevada, las adelfas del Generalife, las miradas suaves y húmedas, los labios como claveles, los piecillos y las manitas, todo aquello se representó con tal viveza en mi espíritu, que me pareció que aquella Francia (en la cual, sin embargo, me aguardaba mi madre) era para mí país de destierro. El ensueño había acabado.

FIN